

restos de los electorados de Colonia, Maguncia y Tréveris, y conservar de este modo su influencia en el imperio.

De los tres electorados eclesiásticos, el primero, que era el de Maguncia, acababa de pasar el coadjutor del último arzobispo; este nuevo titular, miembro de la casa de Dalberg, era un prelado lleno de instrucción, de ingenio y de mundo. El electorado de Tréveris pertenecía á un príncipe sajón, que vivía aún retirado en el obispado de Augsburgo, cuyo título acumulaba con el de Tréveris, olvidando en la observancia asidua de las prácticas religiosas y en la opulencia que le proporcionaban las pensiones de su familia su pérdida grandeza electoral. El electorado de Colonia había quedado vacante con la muerte de su titular. Acababan también de vacar los obispados de Múnster, Freisinga y Ratisbona, y la pabordía de Berchtolsgraden. Ya fuese ó no el Austria cómplice de los cabildos, el caso fué que dejó nombrar, en presencia de un comisario imperial, al archiduque Antonio obispo de Múnster y arzobispo de Colonia. Irritada la Prusia, protestó enérgicamente, diciendo que con el nombramiento de nuevos titulares se querían entorpecer las secularizaciones y estorbar el libre cumplimiento del tratado de Luneville. Propónase con sus reclamaciones impedir que se proveyesen del mismo modo los beneficios, aún vacantes, de Freisinga, Ratisbona y Berchtolsgraden.

Podríase formar una idea bastante exacta de los proyectos de la Prusia, tomando lo contrario precisamente de lo que el Austria se proponía. En primer lugar juzgaba aquélla, y no sin razón, exageradas en otro tanto por lo menos las pérdidas del gran ducado de Toscana. Pretendíase en Viena que había perdido cuatro millones de florines en rentas; este aserto era muy exagerado, y se fundaba en que se confundían las rentas líquidas con las rentas en globo. La renta líquida que había perdido el gran duque era á lo sumo de dos millones y quinientos mil florines. La Prusia sostenía que el Salzburgo, Passau y Berchtolsgraden equilibraban, si no sobrepujaban, la renta de la Toscana; sin añadir que la Toscana, segregada de la monarquía austriaca, no tenía para ésta valor alguno en posición, mientras el Salzburgo, Berchtolsgraden y Passau, ligadas al cuerpo mismo de otra monarquía, le proporcionaban una frontera soberbia y en los montañeses del Salzburgo una numerosa población militar. Juzgábase que el Austria podría levantar allí hasta veinticinco mil hombres. No había, pues, motivo fundado para añadir á la parte del archiduque los obispados de Augsburgo y de Aichstedt, la abadía de Kempten, el condado de Werdenfels además de todas las ciudades libres, y las abadías pedidas en la Suabia. La Prusia, no obstante, insistía aún menos en la exageración de las pretensiones del Austria, que en la legitimidad de las suyas propias. Calculaba en el doble de su verdadero valor las pérdidas que decía haber sufrido, y disminuía en una mitad el precio de los territorios que reclamaba en resarcimiento. En primer lugar participaba de uno de los deseos del Austria, que era el de extenderse por el centro y el Mediodía de la Alemania. Quería lograr en la Franconia lo que el Austria pretendía en la Suabia; proponíase duplicar por lo menos su territorio en aquella región. Era ambición constante de aquellas dos grandes cortes el lograr en el nú-

cleo de la Alemania posiciones avanzadas, bien fuese la una contra la otra, bien contra la Francia, ó bien con objeto de tener bajo su influencia á los Estados del centro de la confederación. La Prusia en los primeros ímpetus de su ambición no pidió nada menos que los obispados de Wutzburgo y de Bamberg, contiguos á los marquesados de Anspach y de Bareuth, y destinados en concepto de todos á indemnizar á la Baviera. Esta pretensión suscitó tal oposición, especialmente en París, que fué preciso renunciar á ella.

A falta del Wurtzburgo y de Bamberg, la Prusia, que sólo había perdido el ducado de Güeldres, una parte del ducado de Cleves, el pequeño principado de Mœurs, unos cuantos peajes que se habían suprimido en el Rin y las tierras sueltas de Savenaer, Huissen y Marburgo cedidas á la Holanda, todo lo cual representaba un valor de setecientos mil florines de renta según la Rusia, y un millón doscientos mil según la Francia; la Prusia, pues, no pedía nada menos que una parte del Norte de Alemania, esto es, los obispados de Múnster, de Paderborn, de Osnabrück y de Hildesheim, además los restos del electorado de Maguncia en la Turingia, como el Eichsfeld y Erfurth, y finalmente en la Franconia, donde no abdicaba sus pretensiones, el obispado de Aichstedt y la célebre ciudad de Nuremberg.

Haciendo con respecto á la indemnización del estatúder los mismos cálculos que el Austria sobre la indemnización del duque de Toscana, pedía para la casa de Orange-Nassau un territorio contiguo al suelo prusiano, y comprensivo de los países consiguientes: el ducado de Westfalia, el país de Recklinghausen y los restos de los dos electorados de Colonia y Tréveris, á la derecha del Rin. De aquí resultaba para el estatúder, además de la ventaja de estar unido á la Prusia, muy considerable ciertamente para ambos, la de quedar situado cerca de la Holanda, pudiendo beneficiar en ella cualquier cambio favorable de fortuna. Ahora bien: si se toman en cuenta las falsas evaluaciones de la Prusia; si se tiene presente que después de haber duplicado y aun triplicado el valor de sus pérdidas, rebajaba en la misma proporción el de los objetos que en compensación pedía; que valuaba, por ejemplo, en trescientos cincuenta mil florines el obispado de Múnster, que se valuaba en París según los cálculos más imparciales en un millón y doscientos mil; que estimaba en ciento cincuenta mil florines el obispado de Osnabrück, que se estimaba en París en trescientos sesenta y nueve mil, y así sucesivamente, aparecerá más clara y de mayor bulto la loca exageración de sus pretensiones.

Mostrábase un tanto más generosa que el Austria con los príncipes de segundo y tercer orden, por considerarlos como otros tantos votos protestantes útiles en la Dieta. Opinaba por la supresión de los electores eclesiásticos de Colonia y Tréveris, por dejar subsistir todo lo más el de Maguncia con las reliquias de su electorado situadas en la ribera derecha del Rin; por subsistir á los dos electores eclesiásticos suprimidos electores protestantes, tomados entre los príncipes de Hesse, Wurtemberg, de Baden y aun de Orange-Nassau si fuera posible. Buscaba la Prusia en la Francia el mismo arriño que solicitaba el Austria de la Rusia; ofrecía que si cooperaba á sus reclamaciones, ligaría su política con la del primer cónsul, se uniría á él por medio de una

alianza formal, y garantizaría todos los arreglos hechos en Italia, como la creación del reino de Etruria, la nueva constitución dada á la república italiana y la reunión del Piamonte con la Francia. Hacía al propio tiempo los mayores esfuerzos para llevar á París la negociación que el Austria procuraba establecer en San Petersburgo. Sabía que fuera de París no se tenía de ella una opinión muy favorable; que en todas las cortes se la censuraba amargamente por haber abandonado la causa de la Europa por la de la revolución francesa; que si se criticaban las pretensiones del emperador, las suyas eran juzgadas más severamente, por cuanto no tenían la disculpa de las grandes pérdidas sufridas por la casa de Austria en la última guerra; sabía, por fin, que no había que esperar apoyo sino de parte de la Francia, y que prestarse á la traslación de la negociación sería desagradar al primer cónsul, y aceptar arbitradore mal prevenidos con respecto á ella. Rehusó, por lo tanto, de una manera terminante todas las proposiciones del Austria, la cual ya desesperanzada le ofreció si quería que se pusieran ambas de acuerdo, repartiéndose mutuamente la ración del león, sacrificando á todos los príncipes de segundo y tercer orden, y dirigiéndose después á San Petersburgo para obtener la aprobación del repartimiento que hicieran, con el objeto principalmente de substraer á la Alemania del yugo de los franceses.

Siguiendo el ejemplo de la Prusia, todos los príncipes alemanes recurrían á la Francia, y en vez de hacer solicitudes en Londres, en San Petersburgo, en Viena y en Berlín, solicitaban en París. La Baviera molestanda por el Austria; los duques de Baden, de Wurtemberg y de Hesse cebados en mutuas rivalidades; las pequeñas familias temerosas de la codicia de las grandes; las ciudades libres amagadas de incorporación; la nobleza inmediata expuesta á la misma suerte que las ciudades libres; todos, en fin, grandes y pequeños, repúblicas y soberanos hereditarios, alegaban en París sus derechos, unos por medio de sus ministros, otros directamente y en persona. El antes estatúder envió allí á su hijo el príncipe de Orange, después rey de los Países-Bajos, príncipe distinguido, á quien el primer cónsul recibió con extremado agasajo. Acudieron también allí otros muchos príncipes; todos frecuentaban con ansiedad y premura aquel palacio de Saint-Cloud, donde un general de la república tenía su corte igual á la de los reyes: espectáculo singular que ofrecía á la sazón la Europa, y que prueba cuán inconstantes son las pasiones humanas y cuán profundos los designios de la Providencia!

La Prusia y el Austria habían arrastrado á la Alemania á una guerra injusta contra la revolución francesa, de la cual salieron vencidas. La Francia por el derecho de la victoria, derecho incontestable cuando la potencia vencedora ha sido la provocada, había conquistado la ribera izquierda del Rin; resultando de aquí que varios príncipes alemanes perdieron sus Estados. Era natural indemnizarlos en Alemania, y no indemnizar más que á ellos; no obstante, la Prusia y el Austria que los habían comprometido, querían indemnizar á costa de la desgraciada Alemania á sus propios parientes, ya italianos como los archiduques, ya holandeses como el estatúder; y lo que es aún más extraño, querían so pre-

texto de sus allegados indemnizarse ellos siempre á costa de esa Alemania, víctima de sus yerros. Y ¿dónde buscaban esas indemnizaciones? En los bienes mismos de la Iglesia; es decir, que los defensores del trono y del altar, vueltos á sus hogares, después de derrotados, iban á indemnizarse de una guerra desastrosa, despojando el mismo altar que fueron á defender, é imitando á la revolución francesa que fueron á atacar. Pero lo más chocante aún, si es que puede haberlo, es que pedían al representante triunfador de esta revolución que les repartiase aquellos despojos del altar que no sabían repartirse por sí mismos.

Poco curado el primer cónsul de lo que á su alrededor se trazaba para atraer la negociación tan pronto á una parte como á otra, sabía que sólo tendría lugar en París, porque él así lo quería y porque era mejor bajo todos aspectos. Libre dueño de sus acciones desde la firma de la paz general, oyó sucesivamente á las partes interesadas: á la Prusia, que no deseaba obrar sino con él y por medio de él; al Austria, que al mismo tiempo que trataba de trasladar el arbitraje á San Petersburgo no omitía diligencia alguna por disponerlo á su favor; á la Baviera, que le pedía consejo y apoyo contra las ofertas amenazadoras del Austria; á la casa de Orange, que había enviado á su hijo á París; á las casas de Baden, de Wurtemberg y de Hesse, que prometían la más completa adhesión si se les proporcionaba algún medio; y finalmente, á todos los pequeños príncipes que alegaban su antigua alianza con la Francia. Después de haber oído á estos diversos pretendientes, reconoció en breve el primer cónsul que el reposo de la Alemania y por consiguiente el de todo el continente quedaría indefinidamente en peligro sin la intervención de una voluntad enérgica y poderosa: decidióse, pues, á ofrecer, y en realidad á imponer su mediación, pero proponiendo arreglos que hiciesen honor á la justicia de la Francia y á la sabiduría de su política.

Nada más sensato ni más admirable que las miras del primer cónsul en aquella época feliz de su vida, en que con el prestigio de una gloria cual no volvió á alcanzarla jamás, no tenía aún, sin embargo, bastante poder material para despreciar á la Europa y dispensarse de recurrir á una política profundamente calculada. Bien conocía que con las disposiciones vacilantes de la Inglaterra, había que pensar en precaver el peligro de una nueva guerra general; que con este objeto urgía proporcionarse una alianza sólida en el continente; que la de Prusia era la más conveniente; que esta corte, innovadora por su naturaleza, origen é intereses, tenía con la revolución francesa lazos que no podía tener ningún otro gabinete; que granjeándose la seriamente se imposibilitaban las coaliciones, puesto que en el grado de fuerza á que la Francia había llegado, todo lo más que podría suceder era que se le atacase cuando todas las potencias estuvieran reunidas contra ella; pero que con sólo que faltase una en la coalición, y con que la potencia que faltase se hubiera puesto de parte de la Francia, jamás se correrían los peligros de una nueva guerra. Sin embargo, al paso que trataba de hacer alianza con la Prusia, comprendía el primer cónsul con rara perspicacia que no convenía hacerla tan fuerte que abrumase al Austria, pues entonces ella vendría á ser la potencia peligrosa en vez de ser la aliada útil; que

no convenía sacrificarle ni los pequeños principados antiguos amigos de la Francia, ni los Estados eclesiásticos sin excepción, Estados poco consistentes, poco belicosos y preferibles como vecinos á los príncipes seculares y guerreros, ni, finalmente, las ciudades libres, respetables por los recuerdos que traían á la memoria, respetables principalmente para la república francesa á fuer de repúblicas que también eran; que sacrificar al mismo tiempo á la Prusia todos esos pequeños Estados hereditarios, eclesiásticos y republicanos, era favorecer la realización de esa unidad alemana, más peligrosa para el equilibrio europeo, si llegaba á constituirse, que lo había sido jamás toda la potencia austriaca; y, en una palabra, que inclinando la balanza hacia el partido protestante é innovador, convenía poner mucho cuidado en no vaciarla, por cuanto sería hostigar al Austria á que tomase una medida desesperada, precipitarla quizás hacia su ruina, substituir entonces un enemigo á otro, y suscitar en lo venidero contra la Francia una rivalidad con la casa de Brandeburgo, tan formidable como la que la había envuelto en encarnizada guerra con la casa de Austria durante muchos siglos.

Con tan juiciosas ideas, trató primeramente el primer cónsul de encaminar á la Prusia hacia miras de moderación. Habiendo logrado entenderse con ella, quiso negociar con los interesados de segundo orden, y satisfacerlos con una parte de indemnización equitativa; proponíase en seguida abrir en San Petersburgo una negociación de mera cortesía para lisonjear la vanidad del joven emperador, bien patente á sus ojos bajo la máscara de la modestia, y para comprometerle con sus buenos tratamientos en los arreglos territoriales que se acordaran. Esperaba, con el auxilio de la Prusia satisfecha y de la Rusia halagada, hacer inevitable la resignación del Austria, siempre que hubiera el tino suficiente para no exasperarla demasiado con los arreglos adoptados.

Tratándose de combinaciones tan complicadas, era muy de esperar que se tanteaban varios proyectos antes de llegar á un plan definitivo. El pensamiento del primer cónsul sobre la distribución territorial de la Alemania, fué primeramente alejar unas de otras á las tres grandes potencias centrales del continente, Austria, Prusia y Francia, y colocar entre ellas la masa entera de la Confederación germánica. Con este objeto, hubiera el primer cónsul concedido al Austria, no la totalidad de sus pretensiones, esto es, la longitud del Isar, pues en este caso hubiera sido menester transportar la casa palatina á la Suabia y á la Franconia; sino el Inn en toda su corriente, esto es, el obispado de Salzburgo, la pabordía de Berchtolsgraden, el país comprendido entre el Salza y el Inn, y además los obispados de Brixen y Trento, situados en el Tirol. El Austria, indemnizada así por su parte, y por la de ambos archiduques, hubiera debido renunciar á toda posesión en la Suabia; hubiera sido situada por completo detrás del Inn; hubiera subsistido allí compacta y protegida por una excelente frontera; hubiera por fin encontrado el reposo, y se le hubiera dado á la Baviera poniendo término á la antigua contienda del Inn.

Del mismo modo que se hubiera obligado al Austria á renunciar á sus pretensiones en la Suabia, se hubiera hecho renunciar á la Prusia á establecerse en la Fran-

conia, exigiendo de ésta el desamparo de los margraviatos de Anspach y de Bareuth. Con éstos, y los obispados contiguos de Wurtzburgo y de Bamberg, con las posesiones que el Austria debería sacrificar en la Suabia y con los obispados de Freisinga y de Aichstedt cercados de posesiones bávaras, hubiérase dispuesto para la casa palatina un territorio pingüe y redondeado, extendiéndose á la vez á la Baviera, á la Suabia y á la Franconia, y capaz de servir de barrera entre la Francia y el Austria. La casa palatina bien hubiera podido abandonar á este precio los restos del Palatinado del Rhin y el floreciente ducado de Berg, situado á la otra extremidad de la Alemania, esto es, hacia la Westfalia. La Prusia alejada de la Franconia, como el Austria de la Suabia, hubiera quedado enteramente al Norte. Para restituirla allí de todo punto, hubiérase vencido el obstáculo que la separaba, suprimiendo las dos ramas de la casa de Mecklemburgo, y hubiérase establecido á estas dos familias en los territorios que quedaban vacantes en el centro de Alemania. La Prusia se hubiera encontrado de este modo en las orillas del Báltico, y se le hubieran dado además los obispados de Múnster, Osnabruck é Hildesheim. Indemnizada así de sus pérdidas antiguas y recientes, hubiera podido abandonar todo el ducado de Cleves, cuya parte situada á la izquierda del Rhin había pasado al dominio de la Francia, y cuya parte situada en la ribera derecha hubiera aumentado la masa de las indemnizaciones. Entonces, separada ya del Austria por el desamparo de la Franconia, lo hubiera estado también de la Francia por su apartamiento de las riberas del Rhin.

Con los ducados vacantes de Cleves, Berg y Westfalia, con los restos de los electorados de Colonia, Tréveris y Maguncia, con los territorios sueltos maguntinos de Erfurth y Eichsfeld en el obispado de Fulda y otras propiedades eclesiásticas, con los restos del Palatinado del Rhin y con las muchas abadías mediatas ó inmediatas diseminadas por toda la Alemania, hubiera quedado tierra suficiente para formar un Estado para las casas de Mecklemburgo y de Orange, para indemnizar á las casas de Hesse, Baden, Wurtemberg y á toda la multitud de príncipes inferiores. Finalmente, con las sedes de Aichsted, Augsburgo, Ratisbona y Passau hubiera habido lo suficiente para conservar dos de los tres electores eclesiásticos, lo cual era conforme con el pensamiento del primer cónsul, pues no quería alterar demasiado la Constitución germánica, y gustaba por otra parte de proteger á la Iglesia en todas las naciones.

Según este plan, tan profundamente concebido, el Austria, la Prusia y la Francia quedaban á gran distancia entre sí; la Confederación germánica reunida en un solo cuerpo y situada en medio de las grandes potencias del continente, haciendo el papel importante, útil y honroso de separarlas y de impedir que hubiera entre ellas colisiones. Los Estados alemanes conseguían un deslinde perfecto; la Constitución germánica quedaba últimamente reformada y no destruida.

El plan del primer cónsul, propuesto primeramente á la Prusia, no fué desechado inmediatamente. Conveníale á esta potencia quedar compacta, tocar con el Báltico y ocupar todo el Norte de la Alemania. Su consentimiento definitivo dependía de las cantidades que se le ofrecieran cuando llegase el caso de ajustar los

pormenores de la repartición. Pero si bien los príncipes del centro de la Alemania, cuyos Estados no basaban por entonces más que en la voluntad indecisa de los negociadores, podían ser fácilmente trasladados, ya al Norte, ya al Mediodía, ya al Levante ó ya al Poniente, no podía suceder lo mismo con dos príncipes confinados en la extremidad septentrional de la Confederación, como los príncipes de Mecklemburgo, sólidamente arraigados entre súbditos cuyo amor poseían de siglos atrás, extraños á todas las vicisitudes territoriales ocasionadas por la guerra y difíciles de convencer cuando se les proponía una traslación de tales consecuencias. Por otra parte, con sólo que hiciesen una leve excitación á la Inglaterra, haría ésta que quedase fallido un proyecto que entregaba las riberas del Báltico á la Prusia.

De grado ó por fuerza, desecharon los príncipes de Mecklemburgo lo que se les ofrecía de la manera más perentoria. Sin embargo la Prusia, á quien se encargó hacer la proposición, les había insinuado claramente que la Francia, al quererlos por vecinos, los quería también por amigos y se mostraría liberal con ellos en la distribución de las indemnizaciones.

Por importante que fuera la parte del proyecto que acababa de salir fallida, no por eso dejaba de interesar la realización de lo demás. En efecto, siempre convenía dejar el Austria detrás del Inn, concediéndole para siempre ese eterno objeto de sus anhelos; siempre convenía circunscribir la Prusia al Norte de la Alemania, y excluirla de la Franconia, donde su presencia, además de no ser útil á ninguno, podía llegar á ser peligrosa para ella en caso de guerra, puesto que, hallándose las provincias de Anspach y de Bareuth en el camino de los ejércitos francés y austriaco, su neutralidad era muy difícil de respetar. La continuación de la presente historia hará ver los graves inconvenientes de semejante situación.

Pero la Prusia y el Austria eran muy exigentes en lo que les concernía. Aun cuando sedujera mucho al Austria la frontera del Inn, nada quería ceder en la Suabia: pretendía siempre tener en ella posesiones aun después de la adquisición del Inn. Además del Salzburgo y Berchtolsgraden, además del país comprendido entre el Salza y el Inn, demandaba el obispado de Passau. Los obispados de Brixen y Trento que la entregaban no le parecían un donativo, sólo por hallarse en el Tirol, que al recibirlos no creía recibir nada nuevo. La Prusia por su lado no quería renunciar á ninguna de sus pretensiones en la Franconia. En tal situación, tomó el primer cónsul el partido de abandonar lo mejor por lo más realizable, necesidad penosa, pero frecuente, en los grandes negocios. Procuró entenderse definitivamente con la Prusia, para concertarse en seguida con la Rusia, reservando para el fin de la negociación el acuerdo con el Austria, la cual mostraba una terquedad insufrible y que sólo se podía vencer oponiéndola la adhesión de las otras potencias.

Anunció primeramente su firme resolución de no consentir que se inmolase interés alguno, que se entregase todo á las casas grandes á costa de las pequeñas, que se suprimiesen todas las ciudades libres y que se destruyese completamente el partido católico. Hallábase á la sazón con licencia en París el general Beurnonville, embajador de Francia en Berlín, y se le comisionó para

que durante el mes de mayo de 1802 (floreale del año x) celebrase abocamiento con el ministro de Prusia Luchisini, y firmase un convenio en que se estipularan los arreglos particulares de las casas de Brandeburgo y Orange.

Reprodujo la Prusia todas sus pretensiones, á pesar de que con nadie tenía la probabilidad de tratar más ventajosamente que con la Francia. Tuvo, pues, que resignarse á un arreglo que, aunque inferior á su deseo, no podía menos de reputarse en toda Alemania como un acto de gran parcialidad hacia ella.

Perdía esta potencia, como hemos manifestado, en la ribera izquierda del Rhin el ducado de Güeldres, parte del ducado de Cleves, y el pequeño principado de Mœurs; cedía á la Holanda ciertas tierras sueltas; por último, iba á perder la renta de los peajes del Rhin de resultas de una disposición general relativa á la navegación. Estas pérdidas reunidas ocasionaban una disminución de renta que calculaba en dos millones de florines, que el Austria valuaba en setecientos cincuenta mil, la Rusia en un millón y la Francia por condescendencia en un millón y doscientos ó trescientos mil florines. En virtud de un convenio firmado en 23 de mayo de 1802 (3 pradiel del año x), prometió la Francia conseguir para la Prusia los obispados de Hildesheim y Paderborn, parte del obispado de Múnster, los territorios de Erfurth y de Eichsfeld, restos del antiguo electorado de Maguncia, y finalmente algunas abadías y ciudades libres, componiendo todo una renta de cerca de un millón y ochocientos mil florines, quinientos mil más que el total supuesto de las partidas que había que compensar. La Prusia no conseguía en la Franconia cosa alguna, lo cual era para ella causa de gran pesadumbre, pues su ambición era perseverante en aquel extremo; pero Eichsfeld y Erfurth eran puntos intermedios que podrían servirle de escalones para llegar á sus provincias de la Franconia. Intimamente satisfecha, aunque fingiendo que se resignaba á hacer un gran sacrificio, firmó las adquisiciones que acababa de obtener, y al otro día se celebró con ella un convenio particular sobre la indemnidad de la casa de Orange-Nassau. No se colocó á esta casa en la Westfalia como hubiera deseado, sino en el Hesse superior; diéronsele el obispado y abadía de Fulda, la abadía de Corvey, poco distante de Fulda, la de Weingarten y algunas otras. De este modo, sin estar demasiado cerca de la Holanda y de los recuerdos del estatudero, se hallaba, no obstante, asaz próxima al país de Nassau, donde habían de ser indemnizadas todas las ramas de aquella familia.

Concedíanse estas ventajas á la Prusia y á su parentela con el objeto de tener segura su alianza, por la cual quiso el primer cónsul aprovechar la oportunidad para obtener de ella una adhesión formal á todo cuanto había hecho en Europa. Exigió, y obtuvo del representante de la casa de Orange-Nassau, el reconocimiento de la república báltica y la renuncia al estatudero; exigió de la Prusia que reconociese la república italiana y el reino de Etruria, aprobando de una manera implícita la reunión del Piamonte con la Francia. De este modo quedaba el rey Federico Guillermo ligado á la política del primer cónsul en su parte más desagradable para la Europa. Sin embargo, no titubeó, y consiguió la adhe-